

# FELIX RIBA RIERA

19 años de edad  
uno y medio de profesión religiosa

Queridos hermanos:

Siempre es doloroso comunicar la muerte de un hermano, más cuando se trata de un joven religioso cuyas cualidades y virtudes eran una promesa de fecundo apostolado. Pero escribo esta carta porque sé que con ella conseguiré al menos dos fines buenos: que se recen algunas oraciones por el eterno descanso del hermano que nos ha dejado, y que muchos hermanos, especialmente entre los más jóvenes, se sientan edificados y deseosos de imitar sus virtudes.

El pasado 15 de abril, pasó de esta vida al seno del Padre el clérigo salesiano Félix Riba Riera.

Nació en Liñola, provincia de Lérida, el 16 de octubre de 1946. Sus cristianos padres le enseñaron, más con el ejemplo que con las palabras, el amor a Dios y el respeto por su santa ley. El contacto que la familia tuvo con los salesianos a través de un hermano de Félix que se educó en nuestras Escuelas de Sarriá, hizo que despertara en su alma el deseo de entregarse a Dios y así accedió gustoso a la invitación del Padre Enseñat que lo seleccionó para el cursillo vocacional. Realizó con normalidad sus estudios y actualmente cursaba el segundo año de filosofía.

Aunque era de fuerte complejión, en el mes de agosto del pasado año, encontrándose accidentalmente en su pueblo, debido a un luto familiar, fue atacado de fuertes fiebres que persistieron por espacio de un mes sin que los médicos supieran a qué atribuirlo. Por fin un especialista lo medicó contra el reuma, y lo dejó la fiebre, de modo que pudo renovar sus interrumpidos estudios, habiéndose mejorado mucho su aspecto exterior.

El 14 de marzo cayó enfermo de gripe junto con bastantes de sus compañeros. Mientras los demás se recuperaban al cabo de pocos días, a él le seguía la fiebre. Hechos los análisis, se le descubrió un inicio de encéfalitis meníngea. Internado en la clínica Corachán, de Barcelona, el día 5 de abril, por indicación del especialista para una observación más detenida, su estado se agravó sen-



siblemente el nueve, sábado santo, y, tras unos momentos de leve y aparente mejoría, se fue extendiendo el mal por todo el sistema nervioso causándole la muerte.

Durante su enfermedad fue asistido constantemente por sus padres, hermanos y demás familiares que le consideraban como el mejor de la familia, y por los Superiores de este Seminario y de nuestra casa de Sarriá. Sus compañeros le hubieran acompañado gustosos, pero no se les permitió por haberlo desaconsejado los médicos ante un posible, aunque remoto, peligro de contagio.

La noche antes de su muerte, cuando todo hacía presumir su próximo fin, se le sugirieron frecuentes jaculatorias a las que respondía con gran espíritu aunque en forma apenas inteligible. Cuando el que suscribe, por cansancio propio, o por no fatigarle a él, dejaba pasar algún rato sin decirle nada, sin animarle al gran paso, hacía señales para que lo siguiera ayudando. Repetía muchas veces el nombre de Don Bosco y respondió perfectamente varias veces al Ave María.

Su muerte edificante que dejó conmovidas a todas las personas que lo asistieron no fue más que el final que cabía esperar de un alma escogida como la suya, adornada de una espiritualidad de muchos quilates propia de un hombre maduro y muy curtido en las vías del espíritu.

Era por naturaleza algo retraído y tímido, no demasiado comunicativo con aquellos con quienes no había llegado a intimar, pero dotado de un gran corazón y sobre todo, de una gran fuerza de voluntad y capacidad de reflexión, sabía muy bien lo que se llevaba entre manos, lo que suponía su entrega a Dios, y qué esperaba el Señor de él en estos años de preparación apostólica.

Amaba entrañablemente a Cristo del que hablaba frecuentemente con sus íntimos, con sus compañeros del grupo sacerdotal al cual dio su nombre apenas llegó del noviciado. Su diario íntimo, que consideraba como su mejor

compañero, guarda páginas magníficas sobre Cristo. Transcribo lo que escribió el 9 de marzo, día último de los Ejercicios Espirituales, pocos días antes de caer enfermo: «Cristo. He aquí la razón y el porqué de toda nuestra vida, de nuestra alegría. Cristo. El es el imprescindible. ¿Quién me apartará de El? El, humano como yo, con sus pasiones, sus alegrías y sus tristezas, su ardiente corazón. Cristo nuestro amigo, el mejor, el que nos comprende siempre, que nunca falla. Cristo hombre. Y Cristo Dios. El, la Verdad, la Vida. ¿Qué más deseo para mí? Todo cae, todo se acaba, sólo Cristo permanece y nosotros con El. Porque nos ha dado su gracia, ya no vivimos nosotros, es El quien vive en nuestra vida. El extiende su vida en cada uno de nosotros, vuelve a ser hombre entre los hombres, obediente en el niño, filósofo en el filósofo. El está en nosotros...»

Y este amor a Cristo lo compartía con una intensa y filial devoción a María. Prueba de ello son estas palabras de su diario: «Muchas gracias por todo, Señor. Y a ti, María, madre y hermana nuestra, que escondida siempre entre la multitud que le sigue para crucificarlo, estás tú solícita, sufriendo con El, redimiendo con El, con nosotros a nosotros. Porque esta es la realidad. ¡Cristo habita en nosotros! Y tú, Madre de Cristo, eres la nuestra. Me gusta sentirme, en tus brazos María y tu corazón con el mío que es el de Cristo, y el mío y el tuyo y el de todos los hombres. Todos, todos somos hermanos. Tú nuestra Madre, María. Tú callada a nuestro lado, aupándonos siempre hacia Jesús. Te quiero, María. Te quiero querer. ¿Acaso no es eso ya amor?...»

No tuvo ocasión de ejercer el apostolado, con todo le unía a todos los hombres, sus hermanos, un entrañable amor. Vivió el Concilio como el que más, estudiando sobre todo aquellas cuestiones que le permitían acercarse más a los hombres, que le podían ayudar a comprenderles mejor y acercarlos después más a la Iglesia, madre de todos los hombres.

Con estos sentimientos es lógico que no tuviera temor a la muerte. Que

incluso a veces hubiera expresado su deseo de morir joven, si bien entonces decía que le dolería el no poder hacer nada por sus hermanos los hombres. El 17 de diciembre del pasado año moría repentinamente el padre de un compañero suyo. He aquí lo que escribió en tal ocasión: «¿Por qué hemos de considerar a la muerte como el triste fin de la vida siendo como es el nacimiento a otra mayor? ¿No habremos de temer más a la misma vida? La gracia me hace vivir al margen de todo temor. Siento sobre mí el amor de Dios, sin fin. Muerte para mí no es más que el sacramento que me lleva a la plenitud de la Vida. Por eso la amo y la espero con toda ilusión, como el niño que corre al abrazo del Padre.»

El Señor lo encontró maduro para el cielo. Con una madurez conseguida a base de una entrega consciente, generosa, reflexiva a las exigencias de la llamada del Señor. Su vocación no tenía nada de indefinido. Era una vocación a la santidad, al estilo salesiano. Y fue consciente de ello siempre. Y vivió en consecuencia. Esta me parece su principal virtud y por esto la subrayo: vivió conscientemente su vocación.

Todos los que le hemos conocido creemos firmemente que ha alcanzado la meta de sus deseos: «vivir eternamente con Cristo». Con todo, gustosos le ofrecemos nuestros sufragios por si le fueran necesarios. Y rogamos a todos nuestros hermanos que hagan lo mismo, movidos por la fraterna caridad que nos une.

Este Seminario, recién inaugurado, ha ofrecido a Dios, pocos días antes de su solemne bendición, un fruto maduro. Quiera Dios que también pueda ofrecer a la Iglesia y a la Congregación muchos jóvenes salesianos con las virtudes y la entrega del hermano difunto. Pidámoselo así al Señor.

Rogad también por vuestro afmo. hermano en Don Bosco.

ALFREDO ROCA

Sentmenat, junio 1966 Director